

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿No es cierto que en esta guerra de los Balkanes hay algo que parece pertenecer a otras épocas de la historia? No lo digo por el valor que despliegan los combatientes, ni por esa pintoresca mezcla de razas que descubrimos y que mucha gente no sospechaba siquiera que existiesen, ni que revistiesen carácter de nacionalidades. Me refiero a la convicción, al entusiasmo con que combaten esas tropas, movidas por sentimientos que se creían extinguidos, y ahora se ve que son eternos, y que tienen la virtud de hacer victoriosas a las agrupaciones humanas: la fe religiosa, el amor violento de la patria. Otra Europa, no vieja, sino con sangre muy roja y muy joven, se nos presenta en la palestra, y su avance es una garantía para la seguridad moral de los demás pueblos. La podredumbre de Turquía va a ser oreada, barrida en parte, y a un tiempo la media luna se eclipsa en Marruecos y en el Bósforo.

De esos pueblos balkánicos, no se hablaba ni una vez al año en la prensa: olvidados en sus riscos, no sabíamos nada de sus ensueños de reivindicación y libertad. Apenas conocíamos a la Grecia de ahora, oscurecida siempre por el esplendor solar de la Grecia antigua. Lo que se susurraba de Serbia era un horrible drama, propio de los siglos bárbaros en las comarcas orientales, el asesinato de los reyes, arrojados por una ventana a un patio, cosidos a puñaladas y acribillados a tiros... Del Montenegro, se destacaba la figura poética de la reina de Italia, hada de la caridad y valerosa enfermera, con ese modo de ser animoso y sin decadentismos que tienen las hijas de la montaña. De Bulgaria, la caricatura nos había familiarizado con el rostro del zar Fernando, el protegido del otro Padre Zar; pero tales países seguían siendo para nosotros como comarcas sin realidad, de esas que figuran en cuentos y leyendas. Y he aquí que, de pronto, surgen reclamando la atención, forzando la simpatía, y teniendo pendiente de sus fusiles el equilibrio europeo.

¿Cuáles es el ayer de estos pueblos a la vez mozos y tradicionales? ¿Qué consigna de ellos la historia?

Los búlgaros son escitas o eslavo-tártaros de origen, mezclados con helenos, y, en su mayoría, practican la religión que nosotros llamamos cismático griega, y ellos ortodoxa. Forman el suelo valles y riscos; lo cierran los escarpados Balkanes, como doble contrafuerte que lo aisle del mundo; riegan sus valles sombríos varios afluentes del Danubio, y la agricultura, con el pastoreo, es la ocupación preferente de los naturales. Como los pueblos primitivos, son labradores y pastores, viven de sus rebaños de ovejas y bueyes, y de sus caballos, cuya carne les sirve de alimento. Hay en sus Alpes vena de hierro y explotan el cultivo de las abejas, el vino que producen los escarpes, y que, según fama, en algunas comarcas búlgaras no es inferior al célebre Tokay, y hasta lo falsifica. El clima de Bulgaria no es riguroso, sino más bien templado.

Pensando en el modo de formación de la patria búlgara, es evidente que responde al establecimiento de una horda errante en un país que encontró de su gusto, o en el cual especiales circunstancias le impulsaron a detenerse. La horda venía de la triste Sarmacia, y halló, en la parte septentrional de la actual Bulgaria, fértiles valles y laderas. La horda es guerrera, ruda: desde el siglo v, hostiliza al imperio de Oriente, derrota a los Césares bizantinos, y pone sus tiendas bajo los muros de Constantinopla. Justiniano, al saber que se acercan los búlgaros, escondió los vasos de oro en las iglesias. Para conjurar el peligro, se necesita la espada del gran Belisario. La lucha continúa, se prolonga hasta los primeros siglos de la Edad Media: los búlgaros, entonces como hoy, en su pequeñez, pudieron más que un imperio decaído. En la Edad Media, los búlgaros aterran no

sólo a los musulmanes, sino a los cristianos: el nombre de búlgaro es injuria, y en las letanías se reza para que el Señor «nos libre de los crueles búlgaros». Pero, en una de esas extrañas vueltas de la historia, los mismos búlgaros, voluntariamente, se ponen bajo el dominio del imperio, que tanto han aterrado y combatido, y se convierten en provincia suya. Una reclamación de independencia que duró más de doscientos años bastó para arraigar de nuevo en los espíritus la idea de nacionalidad. Mucho habían de tardar, no obstante, en proclamarla otra vez. Fué en el siglo xiv cuando Amurates y Bayaceto aplastaron a los ejércitos búlgaros, y desde aquella fecha Bulgaria sufre el yugo.

Por desgracia para Turquía, por fortunapara Bulgaria, la clave del porvenir del imperio otomano es ese país dada su situación. Y la eterna enemiga de Turquía, Rusia, tuvo que pensar siempre en dar su independencia al país búlgaro, en rescatarlo del poder otomano. En la guerra de Oriente, a mediados del pasado siglo, se definió ya esta tendencia. La tarea no era difícil, porque Turquía, cada vez peor administrada y más abandonada, consentía que se cometiese todo género de desafueros, y traía a la población humillada y descontenta. Por otra parte, Turquía, que pudo en aquella guerra darse cuenta de la importancia estratégica de Bulgaria, no pensó, hecha la paz, en fortificarla como convenía. La desorganización del vasto imperio fué causa de que la idea se aclimatase, convirtiéndose en aspiración profunda lo que tal vez era solo recuerdo legendario. Precedieron, sin embargo, a Bulgaria, en su movimiento insurreccional contra Turquía, otras provincias del imperio: Serbia, Herzegovina, Bosnia; pero, al poco tiempo, Bulgaria toda se alzaba en armas... en las pobres armas de montañeses apenas civilizados: hoces, horquillas, escopetas viejas, cachavas de pastores. El resultado de esta tentativa lo presenció indiferente Europa: Bulgaria fué inundada de sangre; hubo pueblo de seis mil almas, en que pasaron a cuchillo los *bachi buzucks* cinco mil... El incendio, la profanación de las mujeres, se completaron con la venta de los niños en mercados públicos. Y se creyera que Bulgaria no llegaría nunca a respirar; pero «estas ferocidades dejan, al contrario, encendida la hoguera del rencor inextinguible».

Rusia, además, velaba: comprendía la necesidad de poseer la Bulgaria, directa o indirectamente. De ahí el tratado de San Estéfano, que erige a Bulgaria en principado independiente, bajo el mando de Alejandro de Battenberg; de ahí el título de zar otorgado al príncipe Fernando, recientemente... y de ahí, sobre todo la sólida organización militar de Bulgaria, tan brillantemente demostrada en los episodios de la actual guerra.

En cuanto a los servios, es otro pueblo sencillo y de patriarcales costumbres, de territorio en gran parte fértil, de origen eslavo y, aun en el siglo x, independiente hasta que lo dominaron los búlgaros y los griegos. Recobrada la libertad algún tiempo después pudo ejercer sobre Europa y sobre el mundo una hegemonía decisiva, si su gran héroe nacional Esteban el Fuerte, que se proclamó emperador, hubiese realizado el intento que le estorbó la muerte, de conquistar a Constantinopla y substituir el imperio griego por el eslavo. Si aquel monarca digno de eterna memoria consigue su propósito, el alto fin político que perseguía, los musulmanes no se hubiesen podido aprovechar de la debilidad de Bizancio, y, tomada la ciudad, amargar a la cristiandad continuamente. He aquí lo que es el destino: si vive algún tiempo más un grande hombre allí en las cordilleras balkánicas, no hay Lepanto, no hay Cruzadas, y la historia del mundo y de España es otra, completamente...

Turquía se apresuró a aplastar a Serbia, a reducirla a bajalato. Pero Kara Georges, antecesor del actual rey de Serbia, Pedro Karageorgevitch, atizó la hoguera de la independencia, provocó la rebelión, y después de un levantamiento nacional, Serbia, a principios del siglo pasado, vióse erigida en principado independiente. Era una libertad relativa; existía el protectorado turco; pero principio quieren las cosas.

La lucha entre la dinastía de Obrenovitch y la de Karageorgevitch pudo retrasar la evolución de Serbia; pero tuvo sangriento desenlace con la trágica noche en que Draga fué defenestrada; y hoy no existe cuestión dinástica en Serbia. Y realmente, la dinastía de los Obrenovitch, por mil razones de orden privado más aun que público—pero, tienen acaso los reyes vida privada?—comprometió el porvenir de Serbia. Las disensiones escandalosas de Natalia y Milano; las costumbres disipadas de éste; la boda absurda de su hijo, preparan acontecimientos que, sin dejar de ser una mancha, quizá tuviesen algo de

providencial. Hoy Serbia, unida con su antigua enemiga Bulgaria, contra el enemigo común, ha dado pruebas de una energía y de una cohesión admirables.

El más chiquito de estos Estados balkánicos, es Montenegro. Su superficie no pasa de unos dos mil kilómetros cuadrados. Las montañas, formidables, lo cercan. Pocas regiones montenegrinas son fértiles: muchas desoladas y estériles. La pobreza es compañera de estos pueblos; pero, como dijo el santo de Asís, la pobreza va ligera y segura y posee el mundo. La pobreza es guerrera, añadiríamos, y los montenegrinos lo demuestran cumplidamente.

Una curiosidad encontramos en la historia de Montenegro: y es que, por espacio de tres siglos fué gobernado por sus arzobispos metropolitanos, sin más autoridad que la de un jefe militar, que les auxiliaba. Y después, sus reyes asumieron el poder religioso y el guerrero juntamente. Continuas luchas con Turquía crearon en Montenegro el instinto de la libertad, el odio a los opresores. Turquía fué el tirano de aquellos intrépidos montañeses, que no han perdido nunca el instinto nómada y la temeridad ante el peligro.

Si miramos bien esta cuestión balkánica, veremos que los montenegrinos son el verdadero núcleo de la lucha. Su vigor, su resistencia, su desprecio del lujo y la comodidad, el ser el pueblo más estoico de los tres—dejo a un lado a Grecia, que ya tiene otra importancia como Estado, pero que ella sola nunca hubiese llevado adelante la guerra—hacen de Montenegro el foco ardiente de la empresa, el fuego comunicativo que se propaga por una serie de países predispuestos a alzarse enérgicos, a reclamar su puesto ante Europa.

Políticamente hablando, la cuestión de esta guerra es una honda cuestión de razas. Son los eslavos contra los sucesores de los griegos, esos turcomanos que, como toda colectividad que profese la religión esterilizadora de Mahoma, están condenados por la historia a perder su soberanía y hasta su ser, al empuje de otra civilización. Los búlgaros, se oye decir por ahí, han empezado por leer e instruirse, y luego se han lanzado al combate. Yo no quisiera, sin embargo, omitir una distinción. La cáscara de pueblo civilizado, seguramente la tiene Turquía mejor que Bulgaria y que Serbia. Turquía posee caminos de hierro y puede poseer armamento moderno, hoteles de primer orden, instrucción pública aparatosa; pero todo eso, que vale mucho no vale lo que la integridad del sentimiento y la pureza de los grandes ideales. Nadie ignora lo que de Turquía se viene diciendo, repitiendo hasta la saciedad. Turquía está podrida; y es la raíz del Korán la que la pudre, como pudre a Marruecos, donde por un lado domina la venalidad de la administración, la corrupción de todos los órganos, y por otra, la barbarie. La constancia del fenómeno debe hacer meditar. Los turcos son no cabe duda una raza superior etnográficamente hablando. Turquía es un Estado poderoso, su vasto suelo es fertilísimo, su población pasa de treinta y seis millones de habitantes, su condición es belicosa, su ejército está organizado a la moderna, su marina, que vale tan poco, debiera ser formidable; y, sin embargo, cada día el poder ruso ha ido menoscabándose; a cada paso han ido haciéndose independientes sus provincias; cada día su papel, en la combinación de fuerzas que sostienen el equilibrio europeo, ha ido siendo más reducido y deslucido. Las señales de su decadencia son tan claras como pudieron ser las del imperio bizantino en los tiempos de Justiniano, o como las del imperio romano bajo los Césares menores. Lo único que sostiene aún el trapantojo del poder turco son los egoísmos y las codicias de algunas potencias europeas. Es otro imperio carcomido, desunido y vacilante, el austro-húngaro, el que se presenta para atajar la desmembración de Turquía. De todos modos, y cualquiera que sean los manejos de la vieja diplomacia, la suerte está echada. Turquía no tiene salvación. Desaparecerá en una u otra forma; o bien quedándose donde está, pero con dientes y uñas limados, o replegándose al Asia, único punto donde aun puede ser comprensible que se invoque a Alá y se llame profeta a Mahometa.

Y a fe que son divertidas las potencias europeas, con sus intervenciones para sacar adelante a la Sublime Puerta, esa Puerta que un periódico nos dijo hace días «¡que permanecía cerrada en señal de duelo!» Las potencias son muy divertidas, insisto... No dicen esta boca es mía cuando se hacen degollinas de cristianos, cuando aldeas enteras arden... y sólo toman la palabra cuando sus ambiciones están en juego... ¡Vaya, vaya con las señoras de potencias europeas!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.